

LAS LENGUAS CLASICAS EN EL BACHILLERATO

En la XXVI Semana de Educación de la F. A. E. el Rev. P. Antonio Pacios, M. S. C. pronunció la siguiente conferencia:

I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Se trata del estudio del latín y griego, no como de lección libre, sino en cuanto obligatorio para todos cuantos cursan los estudios medios, que cada vez tienden a ser más la mayoría de nuestros adolescentes. Y nos referimos primariamente a esas lenguas en cuanto clásicas, cual aparecen principalmente en sus cultivadores antiguos paganos, y sólo secundariamente a su modalidad llamada vulgar, cultivada por los escritores cristianos posteriores, cuando tales lenguas se hallaban moribundas, o ya extinguidas.

Así centrada la cuestión pretendemos examinar la *utilidad*, o incluso, cual pretenden no pocos, *necesidad*, de tal estudio obligatorio *para todos*, en orden a la formación de los estudiantes, tanto intelectual como moral.

Las razones que en su favor se han dado se pueden dividir en dos grupos: unas de orden humano-temporal, otras de dimensión religioso-eterna. Nos limitaremos a enumerar las que creemos principales en cada grupo.

RAZONES DE ORDEN HUMANO-TEMPORAL

a) Su valor formativo de la inteligencia, por su peculiar estructura sintáctica.

b) Su valor formativo de la voluntad, porque los valores humanos de la antigüedad pagana se suponen no superados.

c) Su utilidad para ponernos en contacto con el depósito humano de los valores tradicionales, adquiridos a lo largo de los siglos. Así, su estudio es necesario para el enriquecimiento de nuestro pensamiento.

d) Su necesidad para alcanzar dominio pleno del propio lenguaje.

e) El latín mantiene la unidad de nuestra cultura occidental: sin él, se atomizaría, y nosotros acabaríamos siendo colonizados por culturas ajenas.

RAZONES DE ORDEN RELIGIOSO, DE DIMENSION ETERNA

a) Las fuentes del catolicismo están en la-

tin y griego, y, para nosotros, principalmente, en latín. Todo cristiano instruido debe ser capaz de llegarse por sí mismo a tales fuentes, hasta el punto de que, según escribió el Cardenal Bisletti: «En cualquier seglar medianamente instruido en letras—y tal parece deban ser cuantos cursan enseñanza *media*—, es señal de escaso amor a la Iglesia, la ignorancia de la lengua latina» (cit. por el Padre Guerrero, en «Razón y Fe», núm. 713, página 575). El latín es así garantía de la pureza y profundidad del dogma.

b) Estando en latín la Liturgia, necesita conocerlo el cristiano para ponerse en contacto con el espíritu de plegaria y culto de la Iglesia: el latín es garantía de la solidez y genuinidad de la piedad cristiana.

c) La parte humana del cristianismo—su explicación filosófica y teológica, la cultura a él integrada, a la que se aplicó y por la que se explicó—, es griega y latina. De ahí la necesidad, para conocer y vivir bien el cristianismo, de un conocimiento adecuado del griego y latín clásicos, que nos introduzca en los tesoros de los autores paganos y nos dé la posesión de las ingentes riquezas humanas que tomó de ellos la Iglesia, y que no podrán ser debidamente ponderadas sin el estudio de esos autores paganos en su propia lengua.

d) La elaboración del pensamiento teológico, filosófico, social y humano cristiano se hizo en latín, principalmente en la Edad Media, sistematizado por los Padres, y en el Renacimiento. Imposible alcanzar el dominio de ese tesoro sin el conocimiento del latín, que en él nos introduzca. Abandonarlo o minimizarlo sería romper el contacto con toda la tradición cristiana.

He aquí las razones que creemos principalmente se aducen en favor de esas lenguas como obligatorias en la Enseñanza Media de un país latino, y especialmente de un país latino católico como el español.

Contra ellas se han levantando no pocas objeciones, incluso desde el punto de vista de la formación religiosa. Baste citar al gran filósofo católico inglés Dawson, que, como otrora el abate Gaume, lamenta que formemos a nuestros jóvenes en un medio de pagania, en vez de darles formación sobrenatural y humana proveniente de fuentes cristianas.

Conviene, pues, examinar lealmente el valor de esas razones. Pero como el hombre es, quíralo o no, en grandísima parte, hijo de su ambiente y de las opiniones que le circundan, a fin de evitar más fácilmente los ídolos del foro baconianos, que podrían desviar nuestro examen, restándole rectitud, conviene antes hacer un pequeño resumen histórico de la fortuna del latín en nuestra civilización cristiana.

II. EL LATIN EN LA CIVILIZACION CRISTIANA

Es evidente que las fuentes primeras del cristianismo no son griegas ni latinas, sino hebreas y arameas: en hebreo está el Antiguo Testamento, y en arameo nos dió Jesucristo la revelación completa de su mensaje, que luego nos transmitieron los Apóstoles.

Pero el mensaje cristiano no está vinculado a ninguna lengua ni cultura, sino destinado a todas las lenguas y culturas. Por eso, en Pentecostés, no hizo el Espíritu que todos entendieran el mensaje en arameo, sino que todos lo entendieran en su propia lengua. De ahí que parezca erróneo vincular la eficacia o la vitalidad del mensaje de Cristo en los corazones de los fieles a la posesión de una lengua o cultura determinada, cualquiera que sea.

Así lo entendieron los Apóstoles y los primeros cristianos. Rompiendo las resistencias nacionalistas judías, gracias, sobre todo, al empuje de San Pablo, la Iglesia se hizo griega con los griegos, latina con los latinos, bárbara con los bárbaros, instituyendo las liturgias en la lengua hablada por los pueblos en quienes se implanta. Tradición que duró hasta la última gran epopeya misional del Medio Evo, la evangelización de los pueblos eslavos por San Cirilo y San Metodio, y que se perdió en los siglos posteriores, porque la Iglesia Católica, sitiada por el Cisma y la herejía, se convirtió en latina, olvidando prácticamente su tradición misionera, que no se renueva eficazmente hasta el descubrimiento de América.

La Iglesia hebrea, que se opuso a la independencia del mensaje revelado de una cultura y lengua determinada, acabó desapareciendo. Y la Iglesia latina, que no puede desaparecer mientras la presida el Jefe de la Iglesia Católica—es ésta, y no la latina en cuanto tal, la que tiene, con su Pastor Supremo, la

promesa de pervivencia hasta el fin—, perdió en gran parte su fuerza, de penetración en la medida en que quiso imponer, no sólo el mensaje revelado de que es depositaria, sino la cultura y lengua particular en que ella lo plasmó: testigos son el Cisma que la aisló, y la esterilidad misionera en que incurrió.

En ese primer período de expansión millagrosa, la Iglesia aceptó de las culturas de cada lugar y raza cuanto no se opusiera a su mensaje, sirviéndose de ellas y sus lenguas para hacerlo acepto, y orando en el lenguaje que cada pueblo hablaba y entendía, sin acepción alguna de preferencia: en el cristianismo no hay bárbaro, ni griego, ni judío, sino uno en Cristo y en su mensaje.

De hecho, la Iglesia alcanzó principal florecimiento en dos círculos culturales, cuyas riquezas se apropió: el griego y el latino. Dos culturas semejantes, pero diferentes. Diferencia que había de llevar al Cisma cuando se dió demasiada importancia al elemento humano cultural e institucional en que el mensaje divino había plasmado, hasta llegar, en un momento de obcecación y celotipia, que todos lamentamos, a anteponerlo al mismo mensaje divino, prefiriendo renunciar parcialmente a éste antes que a aquél.

Pero lo que principalmente aquí nos interesa consignar, es que los epígonos gigantes que implantaron ese mensaje divino en ambos círculos culturales, al igual que la liturgia que elaboraron, no se expresaron, por lo general, en griego o latín clásicos, sino en el de su tiempo, harto más sencillo, y que ninguno de ellos parece haber soñado en implantar una lengua única para todos los fieles, o en transmitir el mensaje divino y ejercer el culto en lenguaje distinto del hablado por cada pueblo.

Si pasamos al período de aislamiento de la Iglesia latina en la Edad Media, es cierto que todo o casi todo se escribió en latín, aunque en un latín propio, con una sintaxis que tiene más de las lenguas romances que se estaban formando que no de la latina: si las palabras son latinas, la estructura del pensamiento es romance, y por eso muy fácil de entender. Por lo demás, escribieron en la única lengua escrita existente: si la lengua hablada se diferenciaba cada vez más en el Occidente europeo, la escrita permanecía aún común, y era natural que en esa lengua común se escribiera. Recuérdese que el florecimiento de la Escolástica precede al vigoroso nacer de

las literaturas romances, y aún en éstas aparece primero la poesía—que no podía ser vínculo de la enseñanza didáctica—, y después la prosa. Dante y Petrarca, creadores literarios de la lengua italiana, y aun esto en poesía, son posteriores a Santo Tomás, y nuestra prosa castellana, que casi puede decirse tiene sus primeros baluceos inteligibles con Alfonso el Sabio, cuando ya la Escolástica empezara su declive, no alcanza su desarrollo pleno hasta la Edad Moderna, hasta el punto de que en no pocos documentos profanos de cancellería sigue usándose el latín. Se escribió, pues, en la Edad Media, en la lengua escrita existente, es decir, en latín grandemente distanciado del clásico. A ello contribuyó también que la cultura de estos siglos fué principalmente eclesiástica, participándola muy poco el pueblo.

Más a medida que las literaturas románicas se desarrollaban, decrecía el prestigio del latín pedestre, aunque, como medio de expresión, era más apto que el clásico, hasta el punto de que parece imposible que el Doctor Angélico nos hubiera podido legar su tersa *Suma* si se hubiera empeñado en escribirla en el complicado estilo antiguo. Llegaba el tiempo en que era más fácil expresar el pensamiento en las lenguas habladas que en un latín moribundo: adherirse a él, era anquilosarse. Lógicamente, caminaba a su desaparición, cuando vino a salvarlo un movimiento que tenía más de pagano que de cristiano: el Renacimiento, con admiración ciega por la antigüedad pagana, y con bien poco respeto hacia las fuentes cristianas, cuyo latín despreciaba.

La Iglesia tuvo el acierto de incorporarse a ese movimiento, cristianizándolo en la medida de lo posible. Se renovó el pensamiento cristiano en un latín más elegante que el medieval; pero esa renovación, aunque gloriosa, sobre todo en España, no alcanzó el esplendor medieval, contentándose con el nombre de Edad de Plata de la Teología. El latín volvió a ser lengua común culta por casi un siglo; el elemento de la cultura eclesiástica se fecundó con el civil, y esa heterofecundación dió lugar al relativo y efímero florecimiento.

Simultáneamente, el convencimiento de que el latín volvía a ser lengua común universal, junto con el olvido de la tradición antigua misional, hizo que se implantara en los países recién descubiertos, al par que el mensaje revelado, la civilización y lengua latinas: para ser católico había que ser latino, cual si Iglesia Católica y Latina se identificaran.

El intento tuvo resultado momentáneo en los países que los latinos dominamos por la fuerza de las armas, imponiéndoles con la religión nuestra cultura y lengua, aunque a la larga parece haberse manifestado lo desaceratado de la medida en la des cristianización progresiva de esos mismos países, ante la penuria enorme de vocaciones sacerdotales, difíciles de obtener con la disciplina y lengua latina que se les exige.

Fué un fracaso desde el primer momento, como no podía menos de serlo, cuando se intentó aplicarlo a países de vieja cultura, que no fueron sometidos por las armas católicas. Lo que la Iglesia logró en tres siglos en el círculo griego y latino, por aceptar su cultura y lengua, dista mucho de haberlo logrado en ese mismo tiempo en países como China, India, Japón, ni se ven perspectivas de que la situación haya de mejorar en un futuro próximo. Ello es tanto más de extrañar, cuanto que Dios les dió un Apóstol en Javier, que no parece esté por bajo de los que sembraron la fe oída y recibida directamente de labios del Señor. La causa no parece ser otra que el desarraigo de una fe cristiana que no quiso acomodarse a la cultura y lengua de quienes habían de profesarla. Todos los pueblos tienen obligación de aceptar el mensaje de Cristo; pero no parece estén obligados igualmente a aceptar culturas ajenas que les son extrañas: Dios da sólo la gracia para lo que El exige, y así, al pedirles más de lo que El pide, se resta eficacia a la propagación del Evangelio, que difícilmente se extenderá en pueblos no latinos, mientras en algún modo se identifique la Iglesia católica con la latina, o, lo que sería peor, con la cultura latina. Sin embargo, el olvido práctico de la tradición antigua era tal en este tiempo, que no parece se ocurriera a nadie plantear el problema de la necesidad de adaptación lingüística y cultural en el terreno de la liturgia, disciplina, teología y filosofía.

En el orden profano, la heterofecundación pagana del Renacimiento originó el florecimiento de las literaturas romances, que en el plazo de dos siglos escasos produjeron, cada una de ellas, obras de tanta riqueza, variedad y perfección, sino más, que cuantas nos legara el clasicismo latino pagano, con la ventaja de haber sido elaboradas por autores cristianos y con espíritu cristiano. Elaboración en que tomaron parte profundos conocedores del latín clásico, pero en la que tampoco estuvieron ausentes quienes poco o nada de él conocían

—plénesse, por ejemplo, en el latín de un Cervantes, o de un Shakespeare—.

Con esto, el latín se convirtió de padre en abuelo, agotando su fecundidad y necesitando cada vez de más cuidados para poder sobrevivir. La fuente de educación y formación de las generaciones siguientes está en la literatura propia, tan rica o más que la latina, y pronto a las obras literarias siguieron las científicas en lengua vulgar, alcanzando el conocimiento de la naturaleza un incremento progresivo amplísimo, jamás sospechado por los antiguos, y que sería vano buscar en sus escritos.

Toda lengua, incluido el latín, es ante todo un instrumento: instrumento de expresión de las propias ideas, o, al menos, instrumento de penetración en las ideas ajenas. Y, entre todas las lenguas, ninguna más necesaria que la propia. Si el latín ha de ser instrumento eficaz, ha de dominarse bien; y la adquisición de ese dominio absorbía casi todas las energías del estudiante renacentista. Los cuidados a él dedicados venían ampliamente justificados por el hecho de que casi todo lo hasta entonces escrito se encontraba en latín, que así daba entrada al universal campo del saber.

Pero una triple ampliación vino pronto a hacer imposible esa dedicación plena: la ampliación de la literatura propia, cuyo estudio era más necesario que la de la latina; la ampliación de los conocimientos científicos, expuestos en lengua vulgar, así como la secularización de la filosofía que se expresó en lengua romance, lo cual hizo que el latín pasara a ser un instrumento de conocimiento secundario; y, finalmente, la creciente ampliación del número de estudiantes, que pasaron a ser, de un pequeño grupo de privilegiados, la casi totalidad de la masa en nuestro Occidente de hoy, no pudiendo exigírseles a todos el compromiso de conservar las esencias antiguas, estando presionados por las exigencias de la vida presente y cotidiana, y cuando para conservarlas y transmitir las basta un pequeño grupo, como el que antiguamente se dedicaba a estos estudios.

Por todo esto, la antigua dedicación al latín se tornó imposible, y hubo de ceder bien pronto su efímero dominio a las lenguas vulgares o nacionales. Sólo en los centros eclesiásticos mantuvo su importancia antigua. Razon sobrada había para ello, ya que todas las fuentes y obras teológicas en que había de nutrirse el futuro sacerdote estaban en esa

lengua. De ahí que, para mejor lograr su dominio, hacían en latín sus estudios superiores.

Este proceder, óptimo para mantener en el clérigo la pureza del dogma, tuvo, no obstante, una mala consecuencia: el pensamiento clerical se divorció, quizá por primera vez en la Historia de la Iglesia, del pensamiento civil; y, a la vez, se empobreció, al limitarse con demasiada exclusividad su campo de aplicación a la cultura antigua, filosófica y teológica principalmente, descuidando la cultura moderna que gigantescamente progresaba, y contribuyendo así a su secularización por nuestro alejamiento de ella. Se evitó el brotar de la herejía en el clero, pero se fomentó la des cristianización progresiva de nuestra sociedad con nuestro alejamiento.

Como consecuencia de este desligarse de los problemas del pensamiento actual, vino la decadencia y anquilosamiento teológico, falto de la fecundación del exterior, que le hubiera ofrecido nuevos problemas en que ejercer su ingenio, acabó aquél quejándose de no entender a un clero que le hablaba en un latín malamente traducido. Como es sabido, esa fué una de las quejas más frecuentes en las últimas Conversaciones Católicas de San Sebastián.

El remedio que se propone es que todos estudien latín. Es como querer resucitar un muerto. Hoy, para entender la simple lectura de un diario, es menester saber muchas más cosas que en el Renacimiento. Dada la multiplicidad de los estudios necesarios, con todo nuestro programa de latín no logramos que la generalidad de nuestros alumnos puedan entenderlo medianamente al acabar el Bachillerato, y muy raros son los que más tarde recuerdan algo de él. Cabría pensar si no sería mejor dejar que los muertos entierren a sus muertos, y darles la religión, el culto y la liturgia en su propia lengua, cual lo hizo la tradición de la Iglesia antigua. Todo lo humano es mortal: como hallazgo y creación humana, el latín habrá algún día de extinguirse; no parece valga la pena prolongar su agonía con remedios heroicos y artificiales, que tan graves inconvenientes traen consigo.

III. EXAMEN DE LAS RAZONES QUE MILITAN EN FAVOR DEL LATÍN Y GRIEGO

Es hora ya de examinar las razones que militan en favor de la enseñanza obligatoria de las llamadas lenguas clásicas para cuantos cursan Enseñanza media civil. Sólo

de éstos tratamos, pues en los Centros eclesiásticos, mientras la liturgia de nuestro rito sea en latín, necesariamente lo han de estudiar los clérigos para desempeñar con inteligencia las funciones de su ministerio.

Y nos referimos a la enseñanza obligatoria para todos, no a la optativa, pues, dada nuestra historia y el gran número de especialidades en que el latín es necesario, parece conveniente haya quienes lo estudien desde niños, para que lleguen a dominarlo bien. El número suficiente de tales conocedores parece asegurado por los eclesiásticos. Para ellos, y para no excluir tampoco a los demás, nos parece necesario al bien común que haya también Bachillerato clásico, con todos los derechos, como existe en otros países. Por razones económicas, válidas sobre todo en un país como el nuestro, parece que tales Bachilleratos deberían cursarse en Centros independientes, sin obligar a cada uno a enseñar los dos, con cargas que encarecen innecesariamente la enseñanza. Como ejemplo podríamos aducir lo que nos han dicho de la ciudad de Hamburgo, en Alemania; con dos millones de habitantes, tiene un gimnasio o colegio de Bachillerato clásico (con nueve años de latín, seis de griego, más tres de hebreo o español), mientras todos los demás son de lenguas modernas (con nueve años de francés o inglés y seis de inglés o francés). En tales Centros conviene estudiar las lenguas clásicas de tal modo que luego sirvan realmente para algo. Esta es la conclusión a la que también llegaba en reciente artículo nuestro amigo el P. Guerrero, cuyas son estas palabras: «Parece, pues, que en una sociedad cristiana, y especialmente europea, debe al menos autorizarse, si no prescribirse, un tipo de Bachillerato clásico, a base de Humanidades greco-latinas. En el régimen de libertad acomodado a tal país debe figurar el derecho, públicamente reconocido, de erigir Centros de enseñanza media y superior, donde esas Humanidades se cursen con los métodos más apropiados a su finalidad y a su contenido.» (*Razón y Fe*, n. 713, p. 577.)

Finalmente, no se trata de decidir si el estudio de las lenguas clásicas es útil y formativo para todos—difícilmente se hallará una disciplina cuyo estudio no sea formativo—, sino de comparar las ventajas con los inconvenientes, y de ver si aquéllas son, para todos, proporcionadas al tiempo y al esfuerzo que se les dedica, y si no podrían, para un gran número de estudiantes, obtenerse más

cumplidamente dedicando su tiempo a otros estudios.

Es bajo este aspecto que nos parece deben examinarse las razones alegadas. Examen que, siendo la materia discutible y discutida, emprendemos, naturalmente, con el máximo respeto a las diversas opiniones que con la nuestra puedan no coincidir.

Razones de orden humano-temporal

Estas razones se alegan como válidas para todo hombre—todos somos humanos—, católicos o no; pero especialmente se aducen para el círculo cultural europeo occidental y para el continente americano como heredero de la cultura greco-latina.

1) Estas lenguas, debido principalmente a su peculiar estructura sintáctica, tienen un valor formativo para la inteligencia que no parece pueda suplirse con ningún otro estudio.

He aquí una razón tan difícil de probar como de rechazar. Tanto que, como muy bien dice el P. Guerrero, parece imposible que las partes mutuamente contendientes lleguen a convencerse la una a la otra.

Sólo nos limitaremos, pues, a algunas consideraciones: la primera, que es lo suficientemente rica y expresiva nuestra lengua propia para que su estudio forme debidamente la inteligencia de quien en ella, y no en otra, ha de expresarse. Por desgracia, por querer llegar a dominar lenguas extrañas y recargar con exceso nuestro programa, la mayoría de nuestros bachilleres acaban sus estudios sin saber expresarse decorosamente en la lengua que debe ser el vehículo de sus ideas: por alcanzar lo más perfecto, hemos acabado olvidando lo simplemente elemental.

La segunda es que el latín y griego pudieron no haber existido. Mas no parece pueda decirse que en tal hipótesis fuera imposible la recta formación de la humana inteligencia. Por consiguiente, tal estudio será muy útil; pero no parece deba considerarse imprescindible e insustituible en orden a formarnos en los hábitos del recto discurrir.

La tercera es que la inmensa masa de la población humana es extraña a la cultura greco-latina, no pareciendo viable el exigirle que estudie nuestras lenguas madres para formar sus inteligencias. Mas si el latín y griego fueran, por su peculiar estructura, imprescindibles e insustituibles para formar la humana inteligencia, debería concluirse que la

inmensa mayoría de la Humanidad está prácticamente condenada a la imposibilidad de formar su inteligencia e irremediablemente sometida a un perpetuo atraso espiritual. Esto no sólo parece excesivamente duro, sino también sumamente improbable, y dudamos haya alguien que se atreva a afirmarlo tan crudamente. Mas si no puede afirmarse, tampoco parece válida la afirmación de que tales lenguas sean necesarias para la recta formación de la inteligencia humana.

Finalmente, pensamos no debe olvidarse que el fin primario del estudio de toda lengua no es directamente la formación de hábitos discursivos, sino el convertirla en instrumento de expresión de las propias ideas o de penetración en las que otros expresaron. Es a eso, y no a su eficacia formativa formal, a lo que debe primariamente atenderse cuando se aborda la discusión de la utilidad o necesidad de su estudio.

Creemos que estas consideraciones bastan, sin necesidad de entrar en el valor formativo de otras disciplinas y lenguas, y sobre todo de la lengua propia, tan lamentablemente descuidada.

2) La segunda razón que se alega a favor de ellas es su valor formativo de la voluntad, por cuanto los valores de la antigüedad pagana se suponen no superados.

Nos ceñimos a los valores humanos de la antigüedad pagana, porque en estas razones de orden humano-temporal se insiste sobre todo en la necesidad del estudio del latín y griego clásicos, que son, de hecho, los que se intenta con más o menos éxito cultivar. Por lo que respecta a las fuentes cristianas, se tratará más adelante.

Ahora bien, si la razón aducida fuera verdadera, parece más bien que deberíamos renunciar al estudio de esas lenguas, pues si después de mil quinientos años que nos formamos en ellas no hemos logrado superar lo que en sólo seis siglos produjeron esos paganos, más bien debe concluirse que su fecundidad está agotada, y sería absurdo contentarse con copiar e imitar, sin buscar superarlos. Igualmente, para asimilar esos valores *insuperados* no es menester conocer esas lenguas. Para ello bastan buenas traducciones: lo poco que con ello se perdiera en profundidad se ganaría en amplitud, dedicando al estudio del pensamiento antiguo el tiempo que ahora perdemos en la adquisición del instrumento lengua que después poquísimos van a utilizar. ¡Cuántos son, en efec-

to, los que acabados sus estudios se sirven luego de ellos para leer en el texto original las obras que en él fueron escritas? De los que salen de la enseñanza media civil, una minoría muy reducida, y aun entre los clásicos, muy pocos leen luego más allá del libro de texto en que estudiaron. Es fácil ver cuánto más perfecta sería la asimilación del pensamiento antiguo, y de todo cuanto pueda tener de verdaderamente ejemplar, si se dedicara a su estudio directo el tiempo que ahora se emplea en el estudio de una lengua que luego no ha de usarse.

Esto en el supuesto de que los valores humanos de la antigüedad pagana no hayan sido en realidad superados. Pero tal supuesto nos parece gratuito y en todo caso *inexacto*. Menguados serían los frutos de dos mil años de cristianismo si no hubiera logrado superar al paganismo clásico de seis siglos en ejemplos y producciones de auténtico valor humano. Y si se mira a las producciones del pensamiento, la literatura latina pagana, que es la única que puede en algún modo llegar a dominarse, es más bien pobre; bastante más pobre que la producida en nuestra propia lengua, en cualquier campo que se mire, y, además, literatura de copia, no original: no parece valga la pena perder en ella tanto tiempo, que podríamos dedicar a empaparnos de la propia, y aun de la latina, traducida. Y respecto a la griega, que jamás nuestros bachilleres llegarán a dominar, si bien más rica que la latina, no puede decirse no haya sido posteriormente superada por los países cristianos, por lo que añade a su valor moral humano, y aun quizá artísticamente modelico. Piénsese en el drama, mancillado por la doctrina del Hado, tan poco humana y moral, y compárese con la excelente producción de nuestro país. Mírese la Historia, y se ve si puede decirse que los clásicos fueran más perfectos historiadores que los modernos. Véase la producción científica: la clásica no pasa de balbuceo infantil, comparada al florecimiento presente. Únicamente en filosofía alcanzaron un florecimiento que aún perdura, aunque superado por la síntesis cristiana medieval que, aunque hecha en latín, lo está en una sintaxis que tiene más de nuestra lengua que de la latina, no siendo aventurado suponer que la falta de avance posterior de la filosofía cristiana, en nuevas superaciones que tiene derecho a postular al tesoro infinito de la verdad inagotable, se debe en gran parte a que los católicos nos he-

mos aferrado a la expresión de un latín ya muerto, permitiendo así la desecristianización de la filosofía laica y con ello la de la ideología de Occidente.

Parece, pues, que en orden a la ejemplaridad humana sería más formativo presentar a nuestros jóvenes las actitudes de los santos y héroes cristianos, en vez de las de los Gracos, Césares, Catones, Epaminondas y Temístocles, Pericles, Leónidas o Pausanias. Y en orden a la ideología y el pensamiento, parece sería más provechoso y enriquecedor hacerles leer en buenas traducciones las obras clásicas cristianas y aun paganas, que no emplear el tiempo en la adquisición de una lengua que luego la inmensa mayoría no usará jamás.

3) Se alega también la necesidad del estudio de esas lenguas para alcanzar dominio de la propia. Razón de indudable valía, si fuera verdadera, pues nada más importante para el hombre, en el aspecto cultural, que el dominio del propio lenguaje en que normalmente ha de expresarse. Pero nos parece que se confunde aquí la erudición etimológica con el verdadero dominio del lenguaje, cual si aquél lo dominara mejor el que más versado está en filología, lo cual no parece exacto.

Aquél, en efecto, lo dominará mejor, que más correcta, exacta y claramente sabe expresar en él las ideas que tiene dentro. Y que para esto no sea necesario el latín, basta a comprobarlo nuestra producción literaria actual: no son los latinistas quienes más brillan en ella, pese a que son tantos los salidos de seminarios y Centros religiosos. Y aunque tengan ideas muy fecundas—fruto no de su educación latina, sino de su educación cristiana—, no es del todo infrecuente que las expresen en tan mal castellano que se hagan intragables, cuando no ininteligibles, al lector profano para quien escriben.

Con todo, admitiendo su utilidad en un plano restringido, creemos habría de reducirse a un latín vulgar y medieval, de sintaxis análoga a la nuestra, y con un vocabulario más que suficiente para llenar las exigencias filológicas de la masa media culta.

4) Finalmente, se dice que el latín mantiene la unidad de nuestra cultura occidental, que sin él se atomizaría, para acabar nosotros colonizados por culturas ajenas.

Creemos que aquí es importante distinguir entre cultura occidental eclesiástica y cultura occidental civil.

Respecto a la primera, parece debe concederse, aunque con tendencia cada vez mayor a dejar de ser vínculo de unión, tanto porque las obras cumbres de espiritualidad de la Edad Moderna se escribieron en lengua vulgar, cuanto porque cada vez más se usa dicha lengua incluso en cuestiones filosóficas y teológicas, especialmente en los medios católicos de Francia, Alemania e Italia. Si el que este vínculo de unidad eclesiástica tienda a desaparecer es o no un bien para la Iglesia, no es nuestro el decirlo. Sólo indicaremos dos aspectos: primero, la vinculación de la cultura eclesiástica al latín, cuando la civil lo ha abandonado, ha contribuido al divorcio entre ambas, con la consiguiente desecristianización progresiva; segundo, al querer robustecer la unidad de la Iglesia latina corremos el peligro de distanciarla más y más de las otras, hasta el punto de obstaculizar notablemente a entrada en la verdadera Iglesia de muchos que sin esa rémora del latín confluirían a ella. Por consiguiente, teniendo en cuenta que ni el mensaje divino ni la permanencia de la Iglesia de Cristo van vinculados a lengua alguna particular y que el Espíritu Santo la impulsa según las necesidades de los diversos tiempos, cabe pensar no es ajeno al impulso de ese Espíritu la progresiva independización del latín que hoy en la cultura eclesiástica observamos.

Respecto a la cultura civil occidental, parece debe negarse en absoluto que el latín sea hoy vínculo de unión. Nadie escribe en latín para tener más lectores, salvo en el círculo de la cultura eclesiástica, y aun esto limitándose la mayor parte de las veces a libros de texto para seminarios. Los hombres de hoy se entienden en las lenguas modernas, con la ventaja de que es más fácil llegar a dominar el español, italiano, francés e inglés juntamente que no el latín sólo, y que el que domina esas lenguas no sólo halla en ellas tesoros superiores a los contenidos en las clásicas, sino que lee con gusto las obras en ellas escritas, mientras sufre leyendo las compuestas en un latín moderno milagrosamente redivivo, sin poder jamás hallar placer en manejarlas. Querer mantener la unidad de nuestra cultura occidental moderna convirtiendo el latín en lengua común que le sirviera de medio de expresión no haría más que matarla, dando a su alma joven un cuerpo viejo de expresión ya caduca. Sin latín la unidad se mantiene por la afinidad de esas lenguas—que en perspectiva histórica apare-

cerán como meros dialectos hermanos—y por la afinidad de sus propias culturas y la fácil intercomunicación de sus mutuos hallazgos.

Respecto al colonialismo bajo culturas ajenas, no se evitará con el apego a una lengua muerta, sino con el apego a los tesoros heredados, que se asimilarán mejor y más eficazmente en la lengua materna, y con el intercambio con países de cultura hermana para mutuo enriquecimiento de todos. Y si algo o mucho aprovechable hubiera en culturas a nosotros extrañas, el asimilarlo no será colonialismo, sino amor a la verdad y enriquecimiento propio, pues quien se niega a recibir algo verdadero o hermoso porque no ha salido de él, en eso mismo se empobrece, se vuelve inferior y se lanza por la pendiente del verdadero colonialismo, que es consecuencia de la propia insuficiencia. En la masa inmensa de Humanidad fuera de nuestro círculo no pueden escasear elementos valiosos: empeñarse en rechazarlos por no haberlos nosotros inventado es nacionalismo estrecho, que nada tiene de cristiano y a nada puede conducir si no es a empobrecernos y anquilosarnos.

Examinadas, pues, las razones que militan en favor de una enseñanza de las lenguas clásicas latina y griega, *obligatoria a todos* cuantos cursan enseñanza media, y atendiendo sólo a la dimensión humano-temporal de esas razones, nos parece debe decirse lo siguiente:

Esas lenguas son mero instrumento para penetrar en las culturas antiguas de las que la nuestra se originó; puro instrumento de penetración en esos tesoros, pues, que sepamos, nadie pretende que el estudiante medio exprese después sus ideas en lenguas muertas. El instrumento es útil en cuanto apto para el uso. Pero el noventa por ciento, cuando menos, de esos estudiantes jamás usarán después ese instrumento, tan laborioso como imperfectamente adquirido, para leer en su lengua original las obras que hemos dado en llamar maestras. Por consiguiente, parece una pérdida de tiempo e incluso una injusticia imponerles un trabajo que nada o casi nada ha de servirles.

Creemos, en cambio, que toda persona medianamente culta debe dominar bien su propia lengua y nutrirse ideológicamente de las fuentes que han contribuido como ríos a formar su cultura patria. Por ello, todo el tiempo que se dedica al latín, y aun no poco del que ahora absorben otras disciplinas, debería

dedicarse al estudio del castellano: no de listas enormes de nombres de literatos españoles y extranjeros, que para nada sirven, sino del estudio de la lengua misma, a base de pocos y buenos autores, cuya lectura asimilén; asimilando su estilo, corrección y facilidad de expresión. Esto por una parte. Por otra, imbuirse intensamente en las obras principales antiguas, ya paganas, ya cristianas, que más influyeron en nuestra cultura. Si el tiempo que se dedica a traducir frases sueltas, un par de libros de Julio César y otro par de la Anábasis—que a eso se reduce el balance final de nuestros estudios clásicos medios—, lo dedicaran los alumnos a leer obras traducidas, sería inmensamente mayor su vinculación con el pensamiento clásico que no el que ahora consiguen tras ímprobos sudores casi siempre estériles. Y sería también más intensa su formación cristiana, sabiendo un poco menos de las guerras de Aníbal, de César o de los Persas y Griegos, en cuyo ambiente viven sumergidos los seis años de Bachillerato, y leyendo algo más en buenas traducciones las obras cumbres de los Padres y autores medievales.

Creemos hay aquí una confusión, siempre que se habla de estudios clásicos. No es estudio clásico el de las lenguas así llamadas, sino el de los pensamientos que en ellas se escribieron. El estudio clásico ha de versar sobre ese pensamiento, no sobre la lengua, que es puro instrumento. El dedicar tanto tiempo al instrumento nos impide llegar al verdadero meollo del estudio, al conocimiento del pensamiento de los antiguos. Tanta importancia damos a los medios que nos quedamos en ellos sin alcanzar el fin, cuando éste podía conseguirse más ampliamente con buenas traducciones.

Igual confusión parece aquejarnos cuando se habla de las ciencias del espíritu, que deben tener prioridad sobre las técnicas. El estudio de una lengua nos parece tener más de técnica instrumental que de ciencia del espíritu. Esta reside más bien en el pensamiento que eleve a Dios y dignifique los sentimientos e ideales del hombre. Y en este aspecto no es ciencia del espíritu el estudio de una lengua, por clásica que se llame, sino el estudio del pensamiento que nos precedió, así como el de la Historia y Literatura—no como índice de nombres, sino como lección y ejemplo de vida—, y en esa Historia, el estudio de la Historia Natural—con mal acierto llamada Ciencias Naturales—, que al abrir

nuestros ojos para contemplar la Naturaleza, obra de Dios, nos acerca a El tanto y más que la Historia humana.

Y en ese estudio del pensamiento debe ahondarse en lo nuestro de modo principal, y en lo ajeno en cuanto contribuya a esclarecer y enriquecer lo nuestro. Es ese querer saber lo ajeno tan bien o mejor que lo propio, ese ansia de universalidad y cajón de sastre, lo que puede convertir a nuestro Bachillerato en un medio de colonización bajo culturas ajenas, no el prescindir del latín y de más de la mitad de cuanto de historias y literaturas ajenas estudiamos para dedicar el tiempo ahorrado así a enriquecer nuestro pensamiento en los tesoros heredados.

Para que haya esas traducciones, y para que surjan en número suficiente investigadores que puedan poner a nuestro alcance los tesoros antiguos, es menester que sean en número no escaso los conocedores del latín. Los centros eclesiásticos nos proporcionarían ese número; pero tampoco para que los que de ellos salen puedan fácilmente abordar las carreras universitarias superiores, cuanto porque no se debe excluir a nadie de esta fa- lange, tan necesaria al bien común como no- drizas de nuestra cultura, es de evidencia que ha de haber *también* Bachillerato de lenguas clásicas, cual se da en otros países, aunque parezca inadecuado pretender que cada Centro tenga forzosamente las dos ramas, clásica y moderna. Y en los Centros que tal Bachillerato de lenguas clásicas se enseñe, creemos debe recargarse sobre ellas el programa mucho más de lo que se hace actualmente, para que así lleguen a dominarlas, que verdaderamente les sirvan de instrumen- to y no sólo de tormento.

Razones de dimensión sobrenatural-eterna

Pasemos ahora un breve examen a las mo- tivaciones religiosas.

1) Las fuentes del catolicismo están en latín y griego, y para nosotros, principalmen- te en latín. Todo cristiano instruído debe ser capaz de llegarse por sí mismo a ellas: el latín es garantía de la pureza y profundidad del dogma.

Ya dijimos anteriormente que las fuentes primigenias del Cristianismo no son latinas ni griegas, sino hebreas y arameas. De apre- tar el argumento, lo que parece debería con- cluirse es que en la Enseñanza media debe- rían cursarse el hebreo y arameo, para en-

tender bien, en toda su profundidad, el men- saje divino.

Es verdad que la transmisión, ulterior ex- planación y explicación de ese mensaje se hi- zo no en hebreo, sino en las lenguas habla- das por el pueblo al que se predicaba; es decir, en griego y latín principalmente, con- siderándose con ello que la vitalidad del men- saje revelado no estaba vinculada a la len- gua en que se hizo, sino a la lengua ha- blada por aquellos que habían de creerlo, al recibirlo, y a él acomodar su vida. Mas si la verdadera devoción a los maestros es su imi- tación, lo que de aquí se concluye es que debemos hacer con ese mensaje, en relación con las lenguas actualmente habladas por el pueblo, lo que ellos hicieron en su tiempo, independizándolo de las lenguas que el pue- blo ya no habla. Si ellos hicieron bien en prescindir del hebreo, parece que igualmente obraremos bien nosotros prescindiendo del la- tín. Y en esta tarea de acomodación a los tiempos, ambientes, culturas y lenguas actua- les, gozamos la enorme ventaja de poder ins- pirarnos en el ejemplo de los gigantes que nos precedieron, y sería parezca insigne no imitarlos por temor a unas dificultades que ellos valerosamente superaron en una medi- da sin ponderación mayor.

La dependencia excesiva del mensaje con relación a una lengua que el pueblo ya no habla, lejos de darle profundidad en la vida cristiana, más bien parece hacerlo en gran parte inaccesible, convirtiéndolo en arcano. Es también ligar excesivamente lo que tiene va- lidez eterna con algo que es exclusivamente histórico, temporal y transitorio, pudiendo in- cluso crear un serio obstáculo que dificulte la admisión de la fe por aquellos que siendo ajenos a nuestra cultura no dejan de estar apegados a la suya propia, y nosotros mismos corremos el peligro de perder de vista la ver- dadera universalidad de la Iglesia, sobreva- lorando de tal modo la latina que lleguemos prácticamente a identificarla con la Católica.

Por lo demás, es de evidencia que ni el latín es necesario para que el cristiano man- tenga la pureza del Dogma o viva plena- mente la vida sobrenatural, ni tampoco es garantía en quien lo conoce de que sea buen creyente y practicante. Si muchos lo son, no debe atribuirse al latín, sino a la formación que recibieron en los Centros educativos de que salieron. La fe es adhesión humilde más que discursos y prueba racional. Por eso es dable hallar frecuentemente una adhesión y

un amor a la Iglesia en científicos que no saben latín, que nada tiene que envidiar a la que pueda señalarse en quienes lo dominan.

Pongámonos, finalmente en un plan realista, y preguntémosnos cuántos de nuestros bachilleres, con estudios obligatorios de lenguas clásicas, se sirven luego de ellas para llegarse por sí mismos a las fuentes cristianas en su texto original, y se verá cuán poco sirve el estudio del latín para el fin que se pretende, el cual se obtendría mucho mejor dedicando el tiempo que ahora absorbe la lengua a estudiar esas fuentes traducidas, tomándoles gusto para seguir cultivándolas después.

2) Estando en latín la liturgia de nuestro rito, es necesario que el cristiano, lo conozca para ponerse en contacto con el espíritu de plegaria y culto de la Iglesia, siendo así el dominio de esa lengua garantía de la solidez y genuinidad de la piedad cristiana.

A esta razón podría responderse casi por los mismos puntos que a la anterior. Pero bástenos preguntarnos cuántos de nuestros bachilleres siguen la Misa en latín: prefieren hacerlo en castellano, y la entienden mejor que en latín. Si para ser buen cristiano no bastara entender y seguir la liturgia en la propia lengua, debería decirse que la vida cristiana es fruto del talento y del estudio más que de la buena voluntad. Para ser un liturgista se necesitará saber latín, griego, y hasta hebreo, amén de otras muchas lenguas orientales en las que hubo ritos paganos que de un modo u otro influyeron en los nuestros. Pero para ser buen cristiano, y cristiano culto, no se necesita ser un especialista en liturgia, ni el serlo garantiza en modo alguno una vida de oración más profunda, de piedad más genuina. La piedad y la fe son más aceptación rendida y amorosa del mensaje que no profundo razonamiento humano sobre él.

3) La parte humana del Cristianismo—su explicación filosófico-teológica, la cultura a él integrada, a la que se aplicó, y por la que se explicó—es griega y latina. De ahí la necesidad, para conocer y vivir bien el Cristianismo, del conocimiento del griego y latín clásicos, que nos introduzca en las obras de los autores paganos, y con ello en la posesión de las ingentes riquezas humanas que tomó de ellos y que no podrán ser debidamente ponderadas si esos autores paganos no se estudian en su propia lengua.

El argumento parece un tanto desorbitado. Primero, mucho más importante es en el

Cristianismo el elemento revelado de origen hebreo o semita que no el humano greco-latino. Por lo mismo, más importante sería para entender y vivir profundamente el Cristianismo estudiar el hebreo que no las lenguas que nos permiten leer a los autores paganos en su forma original.

Segundo, el leerlos en su lengua original siempre será obra de especialistas, limitados en número. Al común de los intelectuales cristianos bástales leerlos en traducciones, y con esto avanzarán más en su conocimiento quemándose las cejas para desentrañar unas cuantas páginas del texto original. Para el mínimo porcentaje de bachilleres que van a leerlos en su propia lengua no parece justo imponer a todos una pérdida enorme de tiempo y energías. En cuanto a la asimilación de los valores humanos que como cristianos les convienen, la harán más rápida y eficazmente en traducciones bien hechas.

Tercero, parece que tampoco deben exagerarse esos valores humanos del paganismo. Sería muy raro que el Cristianismo no los haya producido también más y mejores, de modo que al nivel medio del cristiano ilustrado le sea necesario ir a buscarlos en los autores paganos, sin que le baste lo que pueda extraer de los cristianos. Añádase a ello el peligro de contaminación con sus errores, que no son de despreciar.

Obsérvese, finalmente, que no hay cultura sin valores humanos, y que el Cristianismo debe usar de ellos, pero sin excesiva predilección por unos u otros, sino más bien acomodarse a toda cultura en cuanto no se oponga al mensaje revelado. La difusión del Cristianismo en los primeros siglos muestra cuán fructífera es esta acomodación. Y la experiencia posterior parece demostrar que cuando se quiere transmitir el mensaje revelado vinculándolo a una cultura ajena al pueblo, se le expone al fracaso.

Aquí, como en el argumento anterior, reaparece la confusión entre el especialista intelectual cristiano en una rama determinada, y el simple intelectual cristiano, no necesariamente especialista en la génesis y desarrollo del Cristianismo. Y el bachillerato, que sabemos, no se ordena a hacer especialistas.

4) La elaboración del pensamiento cristiano—teológico, filosófico, social y humano—se hizo en latín, principalmente en la Edad Media, que sistematizan los Padres, y en el Renacimiento. Imposible alcanzar dominio de ese tesoro sin conocer la lengua que en él nos

introduzca: abandonar o minimizar su estudio es romper el contacto con la tradición cristiana.

Del ambiente en que se hizo tal elaboración se habló anteriormente. Los Padres escribieron en la lengua del pueblo, y ya desde un principio renunciaron a la lengua litúrgica cristiana primitiva aramea para amoldarse a las diferentes lenguas habladas. Los teólogos medievales, en el tiempo de máximo apogeo, en el siglo XIII, escriben en la lengua escrita usada entonces, incluso para los documentos civiles; y aun así, esa Edad Media, de tanto esplendor teológico, señala el momento de mínima catolicidad de la Iglesia, sitiada por el Cisma y el Islam: es entonces cuando, si bien no de derecho, casi llega a identificarse de hecho Iglesia Católica con Iglesia Latina.

Cosa semejante pasa con el Renacimiento, en que, artificialmente, se logró una vez más que el latín fuera la lengua culta de Europa, no sólo religiosa sino civil. Pero pasado este período, fué clara la decadencia del poder creador de la ideología teológica que se mantuvo fiel a una lengua ya en desuso, y su nuevo florecimiento ha venido señalado por la tendencia a escribir de estas materias en las lenguas habladas. Parece, pues, que lo que debe hacerse no es querer capacitar a todos para entender a esos autores en su latín medieval, sino poner su doctrina y obras al alcance de todos en las lenguas actualmente habladas. Lo contrario es utopía, pues jamás lograremos que la gran masa de los estudiantes los lean en latín.

Se dirá que, para penetrarlos exhaustivamente, es necesario leerlos en su lengua. Pero de nuevo se confunde aquí al especialista con el que no lo es. Un especialista en teología, o incluso en Historia medieval, necesitará poder leer de corrido ese latín. Pero parece desorbitado pretender que todos cuantos cursan enseñanza media hayan de ser especialistas en Teología, Historia medieval o Filosofía escolástica. Y no debe exigirse al no especialista que por sí mismo vaya a las fuentes, sino que se sirva de la transmisión que de ellas le hacen los especialistas. Y se pondrán más en contacto con la tradición cristiana si dedican su tiempo a conocer esas obras, o lo más conspicuo de ellas, en la lengua materna, que si lo dedican a traducir a Julio César, con el propósito de leer en latín después a autores medievales que nunca hojearán.

De todos modos, caso de que se juzgase necesario que todos tengan acceso personal fá-

cil a las fuentes cristianas, convendría estudiar el medieval, y no el clásico: su sintaxis, más semejante a la nuestra, haría posible el dominarlo con relativa facilidad, y bastaría para penetrar más nuestro propio lenguaje y adquirir el dominio de nuestro vocabulario. Es a eso a lo que creemos debería ordenarse el latín del bachillerato elemental, caso de que se mantenga indiscrecionalmente para todos, tomando por texto de traducción, no el latín clásico que ni aun medianamente llegarán a dominar, sino los Evangelios y las crónicas históricas medievales.

Un latín así entendido sería aún discutible; pero al menos tendría, en lo religioso, la enorme ventaja de hacer trabajar al alumno sobre ideas profundas y fundamentalmente cristianas, que le quedarán grabadas para toda la vida, en vez de nutrirlo con anécdotas paganas.

CONCLUSIONES

1) Por lo expuesto, y con todo el respeto y consideración a la opinión contraria, no nos parece bien se imponga el estudio del latín y griego clásicos a cuantos cursan la Enseñanza Media, por parecernos una pérdida de tiempo desproporcionada con relación a la adquisición de un instrumento de trabajo que sólo una minoría exigua usará después, con perjuicio del mismo fin a que se ordena el instrumento, que es el conocimiento del pensamiento que nos precedió, que creemos se lograría con mayor eficacia dedicando a su estudio en la lengua materna el tiempo hasta ahora dedicado a mal saber el latín.

2) Exceptuamos el latín del bachillerato elemental, siempre que no se aborde el clásico, sino el eclesiástico y vulgar. Sobre esto no queremos pronunciarnos: falta la piedra de toque de la experiencia para ver sus frutos, por los que habría de juzgarse, ya que, hasta ahora, sólo se ha intentado introducir a nuestros alumnos en el clásico, y habría que esperar, para dar juicio con fundamento, a ver los resultados que daría la enseñanza de un latín más vulgar.

3) Necesitamos especialistas en todas las materias, para que pongan al común alcance todos los tesoros de verdad; y los necesitamos especialmente numerosos en latín y griego, dada nuestra historia y los orígenes de nuestra cultura y nuestra fe. Pero el bachillerato no es para hacer especialistas. Bien que se facilite el acceso a la especialidad, haciendo también centros de bachillerato con estudios

de lenguas clásicas; pero parece desorbitado el imponer ese patrón a todos. Tanto más cuanto no es de temer falte la cantera de esos especialistas, dado lo que tales estudios se cultivan en los Centros eclesiásticos y el grupo numeroso que de ellos sale para incorporarse a la vida civil.

4) Lo esencial para todos es aprender bien la propia lengua, y pensamos se le dedica escaso tiempo y con no muy buena orientación. Se estudia demasiado la literatura extranjera, y aun la propia, en un índice inútil de nombres y más nombres, que cargan la memoria absorbiendo una actividad preciosa, y así es frecuente acaben nuestros bachilleres sin saber escribir ni hablar correctamente el español, porque ni ellos tuvieron tiempo de leer más que libros de texto, ni sus maestros ocio para enseñarles y guiarles en la práctica del lenguaje, absorbidos en hacerles empollar libros cargados de interminables listas de nombres. Por lo mismo, creemos debe darse más importancia al dominio de la lengua, menos a la erudición onomástica, restando para ello parte del tiempo dedicado a las demás disciplinas.

5) Somos partidarios, como el que más, de la formación llamada clásica; pero no en las lenguas clásicas, sino en la nuestra. Pensamos que nuestra formación media sería mucho mejor si todo el tiempo que ahora dedicamos a las lenguas clásicas se dedicase, no a las

ciencias llamadas técnicas, sino al estudio de nuestra propia historia y cultura, a base de lectura dirigida de las obras antiguas, paganas y cristianas, de las obras medievales y de las modernas, siempre en la propia lengua. Con ello llegaríamos a dominarla, poseyendo en ella el tesoro cultural que en vano nos esforzamos ahora en alcanzar. Más adelante, nuestros bachilleres no recordarían haber estudiado un latín que pronto olvidaron, pero se sentirían empapados en nuestras más puras esencias culturales y religiosas, que de adolescentes aprendieron a gustar. Ese tesoro les preservará mucho más del coloniaje y servidumbre cultural que no el estudio de un latín que sólo recordarán como tormento odioso.

6) Es en esa ordenación de nuestro plan de estudios a la adquisición del pensamiento antiguo, y no a la de una lengua antigua que en la inmensa mayoría de los casos va a quedar inoperante, en lo que creemos debería centrarse nuestra defensa de los estudios clásicos, cuya utilidad formativa sería entonces patente, en el orden intelectual, moral, religioso y aun patriótico. De lo contrario, el coloniaje que algunos piensan evitar con el estudio del latín, sobrevendrá inexorable, porque nuestra intelectualidad no leerá las obras latinas que desconocerá, y si en cambio, en profusión, las obras modernas extranjeras, con olvido de las propias tradiciones, que no le enseñamos a conocer ni a gustar.—ANTONIO PACIOS, MSC.

PRIMERA REUNION DE ESTUDIOS DE PROFESORES DE MATEMATICAS DEL DISTRITO UNIVERSITARIO DE VALENCIA

Organizada por la Inspección Oficial de Enseñanza Media del Estado, durante los próximos días 3, 4 y 5 de febrero se celebrará la Primera Reunión de Estudio de Profesores de Matemáticas del Distrito Universitario de Valencia. Las sesiones tendrán lugar en el Salón de Actos del Instituto masculino «Luis Vives», de la capital valenciana.

El temario de la Reunión es el siguiente: I. Los problemas de Grado. II. Errores más frecuentes de nuestros alumnos y modo de evitarlos. III. Pruebas objetivas: qué persiguen y cómo se realizan.—IV. El modo heurístico.

A la exposición de los temas seguirán coloquios, en los que podrán tomar parte activa los Profesores asistentes.